

## **ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL JESUITA CLAVIGERO (hechas en la isla de la Gomera, en abril de 2008)**

José L. Montesinos Sirera

*Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia*

Cuando hace ahora poco más de un año, en marzo de 2008, José Pardo Tomás, Ángeles Macarrón Machado y un servidor andábamos de Veracruz a Jalapa, recorriendo el camino que los antiguos Virreyes hacían en su tránsito desde España hasta la capital de México, poco sospechábamos la mundializada crisis económica que se gestaba en esos momentos y que hoy amenaza con paralizarnos, y entonces confiadamente tomábamos apuntes y hacíamos reflexiones sobre la futura "recreación de la ruta de los virreyes" que pensábamos realizar en formato audiovisual: ruta de los virreyes, tránsito de personas y de conocimientos que daba consistencia al entramado base de aquella mundialización ibérica (en expresión del historiador Serge Gruzinsky), que tuvo lugar a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Veracruz es como un sueño subtropical y afroandaluz. Piratas, machete y danzón. Y de aquellas marismas insalubres surgió una sociedad multiétnica, indolente, vital, sandunguera. Veracruz fue la patria chica del jesuita Francisco Javier Clavigero, que allí nació en 1731, de padre español -un leonés afrancesado educado en París- y de madre criolla. Clavigero, el jesuita, es hoy un héroe nacional mexicano que da su nombre a una infinidad de calles y de instituciones educativas y culturales a lo largo y ancho de toda la República. Clavigero fue un cura humanista, un ecléctico jesuita, que como tantos otros jesuitas, fue expulsado de su país por Carlos III en 1768. En Italia escribió *La Historia Antigua de México*, con la que trató de combatir la ignorancia que tenían entonces en Europa sobre la naturaleza y la cultura mexicana antiguas del México anterior a la conquista española.

Pero mi interés por la figura de Clavigero residía en que éste había impartido la docencia en distintos colegios de Puebla, Valladolid (la actual Morelia) y Guadalajara desde 1755 hasta el momento de su expulsión de México. Y es que Clavigero explicaba la Filosofía Natural, disciplina en la que, siguiendo aún moldes escolásticos, se incluía la Física. *Physica Particularis*, es el título del manuscrito 209 que se conserva en la Biblioteca Pública "Juan José Arreola" del estado de Jalisco, en su "fondo franciscano". El manuscrito está constituido por las notas del curso de física (filosofía natural) impartido (1766-1767) en el antiguo Colegio de Santo Tomás, en Guadalajara, por Francisco Javier Clavigero. Encuadernado en pergamino y con una cuidadísima caligrafía, ese texto es importante en el estudio de la historia de la ciencia de ese periodo en

México. ¿Fue Clavigero el transmisor de la nueva filosofía natural en la Nueva España del siglo XVIII? En *Vida de Mexicanos Ilustres del siglo XVIII*, Juan Luis Maneiro (1744-1802), también jesuita y algo más joven que Clavijero, hizo una pequeña biografía de éste que se editaría en 1956, por la UNAM. La biografía de Maneiro es importante por la cercanía personal con nuestro autor. En ella y relativo a nuestro tema, nos dice:

*"habiendo sucedido Clavigero al Padre que enseñaba filosofía en Guadalajara (que había muerto repentinamente), trabajó admirablemente empezando por hacer que sus discípulos alejasen de sus mentes algunas enseñanzas que les había dictado su antecesor, **pues le era absolutamente imposible aceptar algunas de sus doctrinas**. De ahí el nuevo maestro refundió, resumiendo y dando nueva forma según su método propio de enseñar..."*

Maneiro continuaba relatando cómo era su enseñanza filosófica cuando Clavigero enseñaba en Morelia (la antigua Valladolid):

*"...desde un principio, en la oración latina que pronunció en la inauguración de las clases, desconociendo los artificios del disimulo, manifestó con ingenua sinceridad que enseñaría aquella filosofía que antaño enseñaron los griegos y que los sabios modernos altamente elogiaban; aquella que aprobaba la culta Europa y que se enseñaba allí en las públicas escuelas; aquella que él juzgaba útil y muy adecuada a la inteligencia de los adolescentes"*

Una filosofía que era, prosigue el biógrafo:

*"...una síntesis construída con orden admirable, en hermoso latín y completamente límpida, libre de toda superfluidad, en temas y palabras. En ella encontrábase admirablemente concentrados y dilucidados con suma perspicuidad los filósofos griegos, así como también todos los útiles conocimientos descubiertos por los sabios modernos, desde Bacon de Verulamio y Descartes hasta el americano Franklin"*

Pero volviendo a nuestra actual y particular "andadura de los virreyes" mexicana, la segunda etapa era Xalapa. Antes pasamos por Antigua, primer centro administrativo de los españoles después de su llegada a México. Las ruinas de la casa de Cortés en aquel poblado fantasmagórico daban fe del poderío de la naturaleza y de lo efímero de las acciones humanas. Los árboles, tierra en acción, habían reventado los muros coralinos de la mansión y unas indiecitas, como salidas del pasado, nos ofrecían sus artesanías y abalorios. De nuevo en la carretera llegamos

a una población, cuyo nombre no recuerdo, con ruinas prehispánicas. Hacía un calor pastoso y demoledor y a poco de la visita me escapo y me siento en un bar a refrescarme con una "coronita". El patrón es culto y simpático y promete enviarnos por Internet (¡que hasta allí llegaba la Red!) fotos que prometió iba a hacer de vestigios del camino de los virreyes que él, buen conocedor de la zona, tenía localizados. Continuamos rumbo a Xalapa y cruzamos campos cultivados de caña de azúcar y de mangos, tierra fértil y prometedora.

Xalapa es como la Orotava, calles en pendiente, nubes y un volcán cercano, el de Perote, que se yergue hasta 4200 metros. Nos instalamos en el Hotel y cansados y hambrientos nos premiamos con un buen trozo de carne y un cabernet-sauvignon chileno. A la mañana siguiente visitamos el jardín botánico de Xalapa que, ¡cómo no!, lleva también el nombre de Francisco Javier Clavigero. Era este un bellissimo espacio verde, un paraíso de paz en el que los pájaros cantaban felices, en esas primeras horas de la mañana, recibiendo a la primavera. Un riachuelo atraviesa el jardín y enormes y majestuosos bambúes acompañan el curso del agua. Plantas medicinales, zona de pineda y selva neblinosa y húmeda, que recuerda a nuestra laurisilva.

Y así, sentado plácidamente en aquel jardín vergel Clavigero, me puse a considerar si éste no habría conocido la existencia de las *Institutions de Physique*, manual de física publicado en 1740 en Paris, excelente compendio de la últimísima física de aquel momento, escrito por Emilie du Châtelet y destinado a su hijo, que debería tener la misma edad que Clavijero. La cosa era plausible dada la influencia de la cultura francesa en su hogar paterno. Su padre era un admirador de Fontenelle, el que fue secretario de la *Academie des Sciences* parisina durante cuarenta años. Y era posible que aquel poderoso funcionario de la corona española que fue su padre siguiese en relación con el mundillo cultural parisino. Y creí, entonces, haber encontrado un buen tema de investigación para nuestro Proyecto *Knowledge in Transit*.

Había que encontrar, por tanto, el texto de la *Physica Particularis*. Me apresuro a decir que hasta el día de hoy ello ha sido imposible, a pesar de numerosos intentos de conseguirlo (vía UNAM, vía CSIC, e incluso vía *Archivo Segreto Vaticano* donde tengo algún amigo). En mi acercamiento al tema hay que nombrar al profesor Bernabé Navarro (1923-1995), humanista y autor del prólogo de la biografía de Maneiro sobre Clavigero, y que fue el autor de una *Introducción de la filosofía moderna en México* editada por el Colegio de México en 1948. En su capítulo IV, titulado "Doctrinas, ideas, tendencias", Navarro se extiende en explicar las ideas de Clavigero en relación a la Astronomía y Cosmografía, que aun siendo básicamente las oficiales de la *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús, apuntan a un reconocimiento del sistema copernicano, que "*podría ser*

*defendido como hipótesis", aunque no pudiera ser defendido como tesis por cuanto la quietud del sol y el movimiento de la Tierra parecen oponerse a las Escrituras.*

En relación al geocéntrico sistema tolemaico, Clavigero es determinante:

*"aunque haya sido constantemente propugnado por casi todos los astrónomos y físicos que existieron antes del siglo XVI; sin embargo, después de las exactísimas **observaciones** de los astrónomos modernos y de los **experimentos** de los físicos, casi no hay ya nadie que se atreva a defenderlo, si exceptúas algunos pocos peripatéticos desconocedores igualmente de la astronomía que de la física".*

Del sistema de Tycho Brahe dice que sí concuerda perfectamente con la astronomía pero que no era congruente con la física. Y esto último sí que es una novedad en relación a lo que podría defender un jesuita ciento cincuenta años atrás. Al tratar sobre la Tierra, dirá que *"ni la hipótesis copernicana ni la tolemaica se pueden demostrar completamente"* y añadirá sin embargo que *"la Tierra está **sensiblemente** en el centro del Universo y que no se mueve"*.

Afirmación esta última que el filósofo Husserl también hará suya ya en el siglo XX. ¿Pero estaba Clavigero al corriente, en 1760, de la física de Newton y de la metafísica de Leibniz? Así sería si hubiese leído a Emilie du Châtelet en sus *Institutions de Physique*. Bernabé Navarro es también el autor del libro *Cultura Mexicana Moderna en el siglo XVIII*, editado por la UNAM en 1964, y en el capítulo dedicado al "Pensamiento moderno de los jesuitas", vuelve a tratar de la figura de Clavigero, entre otros, pero lo hace de una manera inconcluyente, como si no se atreviese a decir mucho más de lo que habían dicho ya otros biógrafos de Clavigero, como el jesuita Maneiro, y otros comentaristas: Los jesuitas "expulsos" habrían realizado un viraje filosófico y cultural de gran importancia en el panorama intelectual de la Nueva España de la segunda mitad del siglo XVIII. Pero según Navarro, de los documentos que se tiene no se deduce que los jesuitas hubiesen leído directamente a Descartes o a Gassendi, sino que el conocimiento de estos pensadores lo habrían tenido a través de otros autores, entre los que se nombra al español Vicente Tosca.

A la espera de conseguir el deseado texto de Clavigero, sólo podemos elucubrar acerca de si la renovación de la filosofía natural efectuada por Clavigero y sus compañeros jesuitas se limitó a un ecléctico acoplamiento de lo mejor y más salvable del escolasticismo aristotélico con el mecanicismo cartesiano o si ya se incorporó el Sistema del Mundo newtoniano y la monadología leibniziana.

En un domingo de ramos continuamos nuestro viaje, rumbo a Tlaxcala. El camino hasta Perote era bonito, verde suizo y con vaquitas pastando; venía a la memoria aquello de "Las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas...". Antaño, Perote fue un fuerte, parada y fonda, una etapa en el camino hacia Ciudad de México. Hoy es una pequeña población y en el domingo de ramos la iglesia estaba atestada. Por fuera, indios vendían bellísimos palmitos artísticamente confeccionados y dentro del templo, el cura hablaba de esta prisión que es la vida terrenal. Pero Cristo viene a abrir la puerta de la cárcel. Cristos mexicanos, tumefactos y sufrientes, cercanos a la miseria del indio. Salimos de Perote, estamos ya a 2000 metros de altitud y ahora el panorama se torna en páramo, secarral con una especie de "drago" que coloniza las laderas de las colinas. Una laguna volcánica de agua salada precede a un largo trayecto desértico. Más adelante, de nuevo pueblecitos recorridos por procesiones religiosas. Nopales y ágaves, maíz y encinas. Llegamos a Tlaxcala bien fatigados.

Tlaxcala es una muy linda ciudad, como San Cristóbal de La Laguna. Nuestro hotel está en la plaza central y su fachada, de piedra volcánica, recuerda la del incendiado palacio obispal de La Laguna. Iglesias de espléndido techo artesonado que jalonan una ciudad geométricamente trazada. En la época prehispánica, el estado de Tlaxcallan, de cultura *náhuatl* se mantuvo, con esfuerzo, independiente de los *mexica* de Tenochtitlan, los forjadores del llamado *imperio azteca*. Cuando Hernán Cortés desembarcó en las costas veracruzanas, los tlaxcaltecas no dudaron en aliarse con el recién llegado en contra del enemigo secular y contribuyeron a la victoria final de los españoles. Cuando los virreyes venían a la capital de Nueva España a tomar posesión de su cargo era obligado pasar por Tlaxcala en homenaje y recuerdo de aquella alianza.

La amplia entrada y escaleras del Gobierno Civil del Estado de Tlaxcala están cubiertas de magníficos y coloridos murales que cuentan su historia, la de ese país mesoamericano que unió –para bien o para mal, hegelianamente– su joven cultura con la ya madura europea, para fecundar así un mestizaje en busca siempre del espíritu del Mundo.

Quede para otra ocasión la continuación de nuestro particular camino de los virreyes y les animo a perseverar en nuestro Knowledge in Transit, porque quizá estemos ahora en un momento en que la historia de la ciencia –la historia del compromiso humano con el mundo material y de la inserción del conocimiento en el tiempo–, la historia de las ideas, pueda arrojar luz sobre las categorías fundamentales de la experiencia humana.